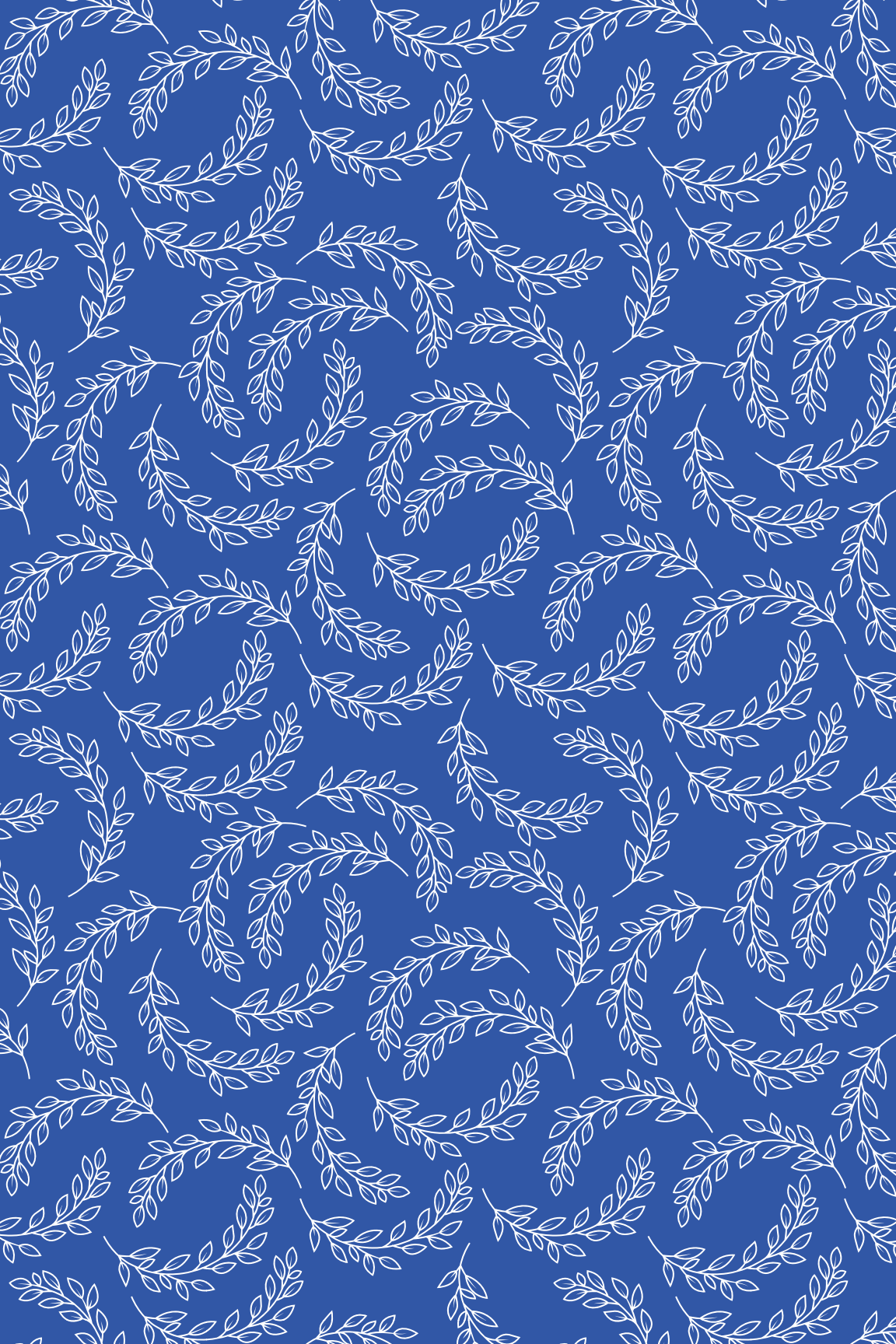


EL DULCE DICTADOR

EL DULCE DICTADOR

SERGI REUS

Durii

A sa mamà. A Ville.

«Y cómo viví,
cómo brillaban,
pero qué pronto se apagaron las luces».

Lament. Evita.

PRÓLOGO

SOLOMON

Cuando yo caiga, la República Solomónica caerá. Esa es la única certeza que tengo.

Nunca, hasta el día en que supe que todo llegaba a su fin, me detuve a pensar en qué sucedería cuando yo desapareciera. Tal vez tuviera la esperanza de alcanzar el suave velo de la inmortalidad, igual que creemos equivocadamente en la eternidad del sol y de la luna. Mas ahora, que sé que pronto abandonaré este mundo, ¿qué me importa lo que acontezca cuando yo me haya ido? Ya no estaré aquí para decidir el destino de mi pueblo, porque ya no será mi pueblo y yo seré únicamente cenizas.

Qué más da si me despiden con un fastuoso cortejo paseando mis restos por la capital ante la atenta mirada de las gentes. ¿Llorarán? Espero que sí, porque yo he sido su rey y a un rey hay que llorarle. Ondearán las banderas a media asta y se inundarán de pétalos las calles que yo he construido para ellos. Espero que vistan de luto, a pesar de lo innecesario que ha sido el negro en este país en el que ha brillado siempre la luz. Y espero, también, que se haga el mismo silencio que reinaba en estas tierras cuando yo las pisé por vez primera.

PARTE PRIMERA

GUERRA TERCERA

1

Murió el rugido del todoterreno y las dos puertas se abrieron a la vez, truncando el silencio de la noche con el impacto de nuestras botas sobre la tierra. Tan cansado estaba el general Valcourt de mi mutismo durante el viaje como yo de su incapacidad para hablar de otra cosa que no tuviera que ver con la contienda, lo cual propició que ambos aceleráramos el paso para enfilar lo antes posible por el camino que marcaban los faroles entre la espesura de los árboles. A medida que la luz iluminaba el entorno, empecé a fijarme en el bosque y en la manera en que los troncos se afilaban hacia la oscuridad, quedando difuminadas sus copas. Al acercarnos a la casa aumentaba el rumor de la música y de la gente tras las enormes cristaleras. No entendí nada. Tampoco quise transmitírselo al general. Estaba absorto, ensimismado en la visión de aquel lugar, con lo poco acostumbrado que estaba yo a las cosas bellas. El hormigón, el cristal y la madera armonizaban de una forma tan contundente, formando líneas geométricas, que en ningún momento me chirrió que la construcción se alzara en medio de las montañas, sino todo lo contrario. La casa se fundía perfectamente con lo salvaje, la madera con la tierra y el cemento con el gris de la corteza de los árboles. La sensación era placentera, tanto, que al descubrir al mayordomo recibiéndonos tras la puerta principal, me brotó una sonrisa absurda e inesperada.

Valcourt se adelantó y yo eché un vistazo a los corrillos que se formaban al entrar en el amplio salón. Lo que más me sorprendió fueron las vestimentas; los hombres en trajes oscuros, jerséis de cuello alto y pantalones de un talle tan recto como las líneas de la casa. Las mujeres, algunas de ellas ataviadas con vestidos, se distinguían por una mezcla de sobriedad y elegancia. He de confesar que fue la primera vez que vi a una mujer con falda. Lo cierto es que era la primera vez en años que veía a una mujer vestida de civil.

—Creí que veníamos a una reunión —le dije, por fin, al general, al mismo tiempo que un camarero enfundado en un uniforme completamente negro nos ofrecía una copa de su bandeja.

—Es champán, bebe —apuntó él.

—Ya sé que es champán —contesté con dureza, a pesar de dirigirme a un superior.

—¿Sabes lo que significa?

—Que es aliado —respondí con desgana, como si estuviera recitando la lección aprendida de memoria.

También era la primera vez que bebía champán.

No había tragado el primer sorbo cuando un hombre rubio, perfectamente peinado y con facciones poderosas se acercó para darnos la bienvenida.

—General Valcourt —dijo extendiendo una mano para estrechársela con energía. Su voz no sonó en absoluto como hubiera esperado de un cuerpo robusto y una apariencia tan masculina. Era endeble y apagada.

—Señor —contestó el otro—. Le presento al capitán Falkner.

Yo le apreté la mano con la firmeza con la que se nos obligaba, mirándole a los ojos. Los tenía pequeños

y claros. Si hubiera tenido que adivinar su procedencia, hubiera afirmado que era europeo, escandinavo tal vez, pero su acento americano de la costa oeste lo desmintió rápidamente. Juraría que sostuvo mi mano y su mirada más tiempo del correspondiente.

—Lemón Cruz. Un placer —espetó mientras le nacía una sonrisa prácticamente indetectable, que le hizo torcer el labio—. Es usted joven —añadió alzando su mirada por encima de mi cabeza, tomando conciencia de mi altura, seguramente. Todo el mundo lo hacía, aunque no hizo ningún comentario al respecto.

—Es el capitán más joven de la división, señor. Tiene veintidós años.

Me sentí como si fuera carnaza.

—Un verdadero logro, ¿cómo lo ha hecho?

—Aprende rápido —apostilló Valcourt, exhibiendo su trofeo. ¿Es que no iba a dejar nunca que me expresara por mí mismo ese imbécil?

—Bien, general. Confío en que estará ansioso por tratar los asuntos que le traen aquí. Mi despacho está arriba. ¿Me acompaña?

¿Cómo que me acompaña? Pensé, seguramente alterando la expresión de mi rostro. El semblante de Valcourt confirmó que mi presencia no era requerida y el señor Cruz, al notar mi asombro, intentó suavizar la situación con una amabilidad que, sin embargo, resultó genuina y cercana.

—Disfrute de toda la bebida y comida que le apetezca, por favor. Siéntase como en casa. —Y desaparecieron rumbo a la escalera de madera y hierro que ascendía al piso superior.

—¿Le apetece un canapé, señor? —Se acercó inmediatamente otro camarero tendiéndome una bandeja

plateada y reluciente repleta de pequeños bocados que contenían extraños manjares que jamás había degustado en mi vida.

Elegí uno en forma de tartaleta rectangular con una especie de lámina rosada y virutas negras esparcidas por encima, no porque tuviera hambre, sino para mantener mis manos ocupadas y no parecer un idiota allí solo, en medio de ese salón y entre la gente que seguía con sus conversaciones. Pude notar que algunas mujeres y algunos hombres me miraban de reojo y cuchicheaban entre ellos, pero ninguno se acercó para charlar y, en el fondo, lo agradecí, porque no se me daba bien conversar con extraños. La verdad es que no se me daba bien conversar en general, y menos cuando no estaba en mi ambiente y tan a la defensiva como esa noche. Me pregunté si lo que les incomodaba era mi atuendo militar o la forma en que escrutaba cada detalle de sus apariencias, como si fueran animales exóticos. La manera en que agarraba mi gorra y mi postura regia de pronto me parecieron exageradas y traté de relajarme y parecer informal. El hilo musical de una suave melodía a piano ayudaba a crear una atmósfera cálida y comencé a fijarme en el interior de la casa, en los suelos de madera de roble y los escasos y sobrios muebles que la conformaban. Lo revestía todo el mismo hormigón del exterior y en el techo ondeaba una especie de filigrana de la misma madera del suelo que proporcionaba las únicas formas curvas al espacio. Tanta riqueza me repugnaba y admiraba a partes iguales. La gente se moría de hambre, mientras otros, como Lemón Cruz, no solamente no habían sido privados de sus privilegios, sino que hacían gala de ellos. Resultaba ofensivo y odioso.

Empecé a sentirme realmente incómodo, fuera de lugar, por lo que emprendí el camino hacia la terraza trasera que se veía a través de los enormes ventanales del fondo.

Una vez fuera, decidí concentrarme en la copa de champán. Se suponía que debía recordarme a mi tierra. Mi tierra. Qué lejana quedaba la isla de Córcega en la que había nacido y crecido. Qué lejos quedaba ya todo y cuánto había cambiado el mundo. Las burbujas me provocaban cosquillas a medida que el líquido descendía por mi garganta. Lo encontré delicioso, así como la sensación al expandirse el alcohol por el cuerpo. Fue entonces cuando reparé en una figura que se encontraba a unos metros, de espaldas. Observé cómo desprendía una nube de humo hacia las alturas y se agarraba sobre sí misma con un brazo rodeando su costillar. Giró su rostro hacia mí, como si hubiera notado mi presencia, y me observó con una mirada que me arropó en un manto cálido y me obligó a sonreír.

—¿Quiere uno? —dijo ofreciéndome su cigarro.

Yo no fumaba. No nos lo permitían, pero me acerqué a ella y dije que sí. No sé por qué.

Se sacó una cajetilla del bolsillo de su pantalón negro y me ofreció un pitillo fino y alargado que me puse en los labios para que lo encendiera. No dejó de mirarme al iluminar mi rostro la llama. La primera calada me quemó los pulmones, pero quise que no se notara mi falta de práctica.

—¿Cuál es su misión, soldado? ¿Qué le trae aquí esta noche, a este escondite del bosque? —preguntó. Era decidida.

—No soy un soldado. Soy el capitán Falkner —respondí con ímpetu.

—¿Acaso no es lo mismo? No estoy familiarizada con la jerarquía militar. Supongo que los hombres seguís dando importancia a vuestro rango.

—¿Qué rango tiene usted? —Quise saber. No sabía muy bien qué decir. Suerte que las palabras me salían solas.

—Ninguno. Solo soy la hija del anfitrión.

Deduje que era la hija de Lemón Cruz, el hombre con el que se suponía habían venido a reunirse en un encuentro privado, que poco tenía que ver con esa celebración.

—Yo soy Solomon Falkner. —Le tendí la mano colocándome el cigarrillo entre los labios, sosteniendo la copa con la otra. Mi gorra permanecía bien apretada bajo la axila.

—Olimpia —respondió estrechándomela.

En la parte superior vestía un delicado jersey de cuello vuelto, como algunos hombres que había visto en el salón. Su pelo, cuyo nacimiento en la frente dibujaba una punta, caía liso, enmarcándole el rostro en forma de corazón, con una raya marcada justo en medio, como si le hubieran clavado un hacha en el cráneo. Sus facciones eran tan proporcionadas como las de su padre, aunque algo más dulces y rellenas. Sus ojos sombreados fomentaban esa mirada intensa y sus labios pintados de marrón oscuro le daban un aire elegante. Su nariz me hizo gracia. Era respingona. Se le veían bien los orificios, lo cual me recordó a un gorrino. Pero uno fino. Le daban un aire aristocrático sus cejas arqueadas y unos poderosos pómulos.

Me quedé sin saber qué decir. Me sucedía constantemente. Era incapaz de hilar una conversación por miedo a resultar banal. Odiaba mi voz grave y la forma en la que sonaban mis eses, demasiado sonoras. Por lo visto ella era de las que notaban esas cosas y decidió continuar la charla.

—No tiene aspecto de militar, capitán Falkner. Más bien parece el botones de un hotel esperando a los huéspedes para acompañarles a su habitación.

—¿No le gusta mi atuendo?

—Aborrezco los uniformes. La verdad es que aborrezco todo lo que tenga que ver con lo militar y esta estúpida guerra.

—Ya somos dos —contesté irremediablemente.

—Lo que sí me gusta es su acento marcadamente californiano. Mi acento británico hace que me sienta fuera de lugar aquí.

—Yo creo que es muy sofisticado. ¿Es usted inglesa?

Hizo un sonido gutural con la garganta para negar.

Me di cuenta de que por alguna razón no deseaba darme más información.

—Yo no soy californiano, ni estadounidense.

—¿Ah, no? —Se sorprendió—. Hubiera jurado que lo era.

—Nací en Córcega.

—¿Es usted francés? Tampoco tiene aspecto de francés.

—Me destinaron aquí a los catorce años, justo después de ingresar en el ejército.

—Una edad muy temprana para ingresar en el ejército, desde luego.

—No tenía adónde ir —contesté, y al instante me arrepentí de haberlo mencionado. Detestaba hablar de mí y ofrecer una imagen lastimosa, al menos más que la que me daba a mí mismo.

—¿Lo echa de menos? —preguntó.

—Ya no me acuerdo —mentí.

Consumí mi cigarro a la vez que el suyo y no supe qué hacer con el resto.

—Entre, si lo desea. Le estoy reteniendo.

—No conozco a nadie ahí dentro y tampoco sabría qué hacer.

—¿Ha venido solo?

—He venido con mi superior. En estos momentos está reunido con el que creo que es su padre.

—Estarán arreglando el mundo, entonces. Como si alguien pudiera hacerlo —admitió con desprecio —¿Quiere otro? —dijo sacando su cajetilla de nuevo.

—Me encantaría.

—¿Le apetece otra copa de champán? Puedo hacer que se la traigan.

Todavía no me había bebido la primera y ya notaba una sensación extraña, un hormigueo recorriéndome los brazos y el pecho.

—No, gracias.

Volvió a encenderme el pitillo y esta vez la miré directamente a los ojos.

—Es una casa espléndida en la que vive.

—Es usted muy educado para ser militar. Perdóneme la intromisión.

—¿Eso le parece? —comenté sorprendido.

Volvió a hacer ese sonido con la garganta que le nacía tan dulce.

—En el ejército nos forman en muchos más aspectos de los que imagina.

—¿A qué se dedica usted? Quiero decir, ¿cuál es su función? —Parecía realmente interesada.

—A ganar la guerra.

—Las guerras no se ganan ni se pierden.

—Ese es un pensamiento muy infantil. En todas las guerras hay un vencedor y, por lo general, muchos vencidos. No estoy diciendo que me guste.

—¿Disfruta usted combatiendo?

—No especialmente.

—Así pues, ¿por qué continúa haciéndolo?

—Porque no me queda más remedio.

—Como si no existieran otros oficios —añadió molesta.

—Los oficios a veces se eligen y otras veces te eligen a ti. Algunos no tenemos ese privilegio.

—¿Le gusta ver cómo muere la gente?

—No.

—¿Y por qué lo hace?

—Porque no tengo elección —contesté con una convicción que me sorprendió a mí mismo.

No deseaba enfrascarme en una discusión sobre la interferencia de las guerras en la población. La guerra es algo que sucede y de lo que no puedes desprenderte. Te convierte en su esclavo de una forma u otra y yo hacía mucho tiempo que había dejado de plantearme esas cuestiones por el bien de mi integridad mental. En ese momento la maldije, porque no cabía duda de que ella había crecido en un ambiente contrario al mío, en el que la superioridad moral te otorga la capacidad de creer que no existe una arbitrariedad en las cosas.

—Siento si le he importunado, pero es que no soporto este infierno.

—Nadie lo soporta. Es imposible —añadí intentando sosegar los ánimos.

Dio un paso hacia al frente, queriendo deshacerse de esa extraña sensación que se había interpuesto entre

nosotros. Miraba hacia la oscuridad del bosque como si se ocultara algo allí, como si intentara encontrar las respuestas a la infinidad de preguntas que durante esos días asaltaban a la mayoría de los que sufríamos las contrariedades de la guerra. Y yo, por primera vez, en esa noche de estrenos, quise arrojarme a su espalda y besar la parte trasera de su cuello, retirarle esa cortina de pelo que caía sobre sus hombros y desnudarla en el silencio del bosque. Los labios se me encendían soportando la boquilla y el tacto de mis manos se me agudizaba ante la expectativa y, sin embargo, no me atreví a mover ni un músculo para acercarme. No hubiera podido. No debía. En vez de eso, me quedé en silencio, viendo cómo la oscuridad y las estrellas se replegaban sobre las crestas de los árboles. De un sorbo quise acabar la copa, sin recordar que estaba vacía.

—Voy a dejarla sola. No quiero molestar.

—No molestas —dijo girando un poco la cabeza sin dejar de darme la espalda, dirigiendo sus ojos al suelo. Fui muy consciente de que me había tuteado y eso me encandiló.

Justo en ese instante, el general me reclamó desde el ventanal que daba a la terraza.

—¡Falkner! Nos vamos —dijo antes de que ambos nos giráramos a la vez hacia él.

Lo único que hice fue mirarla por última vez y desechar mi colilla al suelo. A ella no le hizo falta alterar su expresión para despedirse.

Volví al interior para reunirme con Valcourt y emprendimos juntos el camino hacia la puerta principal. El señor Cruz nos esperaba.

—Confío en que haya sido una velada agradable —dijo alargando su mano para estrechármela otra vez.

—Lo ha sido —respondí escuetamente.

Esa mirada. No dejaba de clavarla de un modo extraño en mí.

—Que tengan un buen viaje de vuelta a la base —fueron sus últimas palabras antes de abrir para despedirnos.

Esta vez sí me fijé en el acento americano del señor Cruz. Era totalmente opuesto al de su hija y me pregunté por qué. En cambio, compartían exquisitez y firmeza en sus gestos.

El general y yo volvimos al coche en el mismo silencio que nos había acompañado camino a la casa.